

Ailton Krenak nació en la región del valle del río *Doce*, un lugar cuya ecológica se encuentra profundamente afectada por la extracción de minerales. En este libro, el líder indígena critica la idea de humanidad como algo separado de la naturaleza, de una “humanidad que no reconoce que aquel río que está en coma también es nuestro abuelo”*

Para el autor, esa premisa está en el origen del desastre socioambiental de nuestra era, el Antropoceno. Delante de eso, la resistencia indígena se basa en la negación de la noción de que somos todos iguales, en el reconocimiento de la diversidad y en la recusa a la legitimación del humano como superior a los demás seres. Sólo así podremos resignificar nuestra existencia y refrenar nuestra insensata marcha hacia el abismo.

“Nuestro tiempo es especialista en crear ausencias: del sentido de vivir en sociedad, del propio sentido de la experiencia de la vida. Eso genera una intolerancia muy grande, en relación a quién aún es capaz de experimentar el placer de estar vivo, de bailar, de cantar.(...)Mi provocación sobre postergar el fin del mundo es exactamente siempre poder contar una historia más”.

Desde su inolvidable discurso en la Asamblea Constituyente, en 1987, cuando pintó su rostro con la tinta negra del *jenipapo* para protestar contra el retroceso en la lucha por los derechos indígenas, Krenak se destaca como uno de los más importantes pensadores brasileños. Oírlo es más urgente que nunca.

Ideas para postergar el fin del mundo es una adaptación de dos conferencias y una entrevista realizadas en Portugal, entre 2017 y 2019.

*Alusión al rompimiento de la represa *Fundão*, de la minera Samarco, controlada por las multinacionales Vale y BHP Billinton, en noviembre de 2015. En la que fueron lanzados al medio ambiente cerca de 45 millones de metros cúbicos de relaves de la mineración de hierro, lo que desencadenó efectos a largo plazo en la vida de miles de personas, incluyendo las aldeas Krenak. (N.E.)

Ideas para postergar el fin del mundo

La primera vez que desembarqué en el Aeropuerto de Lisboa, tuve una sensación extraña. Por más de cincuenta años, había evitado atravesar el océano por razones afectivas e históricas. Creía que no tener mucho para conversar con los portugueses - no que eso fuese una gran cuestión, pero era algo que evitaba. Cuando se completaron quinientos años de la travesía de Cabral y compañía, recusé una invitación para venir a Portugal. Dije, “esta es una típica fiesta portuguesa, ustedes van a celebrar la invasión de mi rincón del mundo. No, no voy”. Pero, no transformé eso en una pelea y pensé: “vamos a ver que pasa en el futuro”.

En 2017, año en que Lisboa fue Capital Iberoamericana de cultura, ocurrió un ciclo de eventos muy interesante, con performances de teatro, muestras de cine y conferencias.

De nuevo, fui invitado a participar, y, esta vez, nuestro amigo Eduardo Viveiros de Castro haría una conferencia en el Teatro María Mattos, llamada “*Os Involuntarios da Patria*” (*Los Involuntarios de la Patria*). Entonces pensé: “Ese asunto me interesa, voy también”. El día siguiente a la charla de Eduardo, tuve la oportunidad de encontrar mucha gente que se interesó por el estreno del Documental *Ailton Krenak e o sono da pedra* (*Ailton Krenak y el sueño de la piedra*), dirigido por Marco Alberg. La película es una buena introducción al tema que quiero tratar: Cómo es que, a lo largo de 2 mil o 3 mil años, construimos la idea de humanidad. Será que ella no está en la base de muchas de las elecciones erradas que hicimos, justificando el uso de violencia?

La idea de que los blancos europeos podían salir colonizando el resto del mundo estaba sustentada en la premisa de que había una humanidad esclarecida que precisaba ir al encuentro de la humanidad oscurecida, trayendola para esa luz increíble. Ese llamado para el seno de la civilización siempre fue justificado por la noción de que existe una forma correcta de estar aquí en la Tierra, una cierta verdad, o una concepción de verdad, que guió muchas de las decisiones tomadas en diferentes periodos de la historia.

Ahora en el comienzo del siglo XXI, algunas colaboraciones entre pensadores con visiones distintas, originadas en diferentes culturas, posibilitan una crítica a esa idea. Somos realmente una humanidad?

Pensemos en nuestras instituciones más consolidadas, como universidades u organismos multilaterales, que surgieran en el siglo XX: Banco Mundial, Organización de los Estados Americanos (OEA), Organización de las Naciones Unidas (ONU), Organización de las Naciones Unidas para la Educación la Ciencia y la Cultura (UNESCO). Cuando quisimos crear una reserva de la biosfera en una región de Brasil, fue preciso justificar para la UNESCO por que era importante que el planeta no fuese devorado por la mineración. Para esa institución es como si bastase mantener algunos lugares como muestras gratis de la Tierra. Si sobrevivimos vamos a pelearnos por los pedazos de planeta que no comimos, y nuestros nietos o tataranietos -o los nietos de nuestros tataranietos- van a poder pasear para ver cómo era la tierra en el pasado. Esas agencias o instituciones fueron configuradas y mantenidas como estructuras de esa humanidad. Y nosotros legitimamos su perpetuación, aceptamos sus decisiones, que muchas veces son erradas y nos causan pérdidas, por que están al servicio de la humanidad que pensamos ser.

Las andanzas que hice por diferentes culturas y lugares del mundo me permitieron evaluar las garantías dadas a los miembros de ese club de la humanidad. Y me quedé pensando: “Por qué insistimos tanto y durante tanto tiempo en participar de ese club, que la mayoría de las veces sólo limita nuestra capacidad de invención, creación, existencia y

libertad?”. Será que no estamos siempre actualizando aquella vieja disposición para la servidumbre voluntaria? Cuándo vamos a entender que los Estados Nacionales ya se desintegraron, que la vieja idea de esas agencias ya estaba en bancarrota desde su origen? En vez de eso, seguimos encontrando formas de proyectar otras iguales, que también podrían mantener nuestra cohesión con humanidad.

Cómo justificar que somos una humanidad si más del 70% está totalmente alienada del mínimo ejercicio de ser? La modernización tiró esa gente del campo y del bosque para vivir en villas y periferias, para convertirse en mano de obra en los centro urbanos. Esas personas fueron arrancadas de sus colectivos, de sus lugares de origen, y lanzadas en esa licuadora llamada humanidad. Si las personas no tuvieran vínculos profundos con su memoria ancestral, con las referencias que dan sustento a una identidad, van a trastornarse en este mundo loco que compartimos.

-”Ideas para postergar el fin del mundo” - Ese título es una provocación. Yo estaba en el patio de casa cuando me trajeron el teléfono, diciendo: “Están llamándote de la Universidad de Brasilia para que participes de un encuentro sobre desenvolvimiento sustentable”. (La Universidad de Brasilia tiene un centro de desenvolvimiento sustentable, con programa de mestrado.) Me puse muy feliz con la invitación y acepté, entonces me dijeron: “Precisa dar un título para su conferencia”. Estaba tan involucrado con mis actividades en el patio que respondí: “Ideas para postergar el fin del mundo”. La persona llevó a serio y colocó eso en el programa Después de unos tres meses, me llamaron: “Es mañana, tiene su pasaje de avión para Brasilia?”. “Mañana?”. Sí mañana que va a dar esa conferencia sobre las ideas para postergar el fin del mundo”.

El día siguiente estaba lloviendo, y pensé: “Qué bueno, no va a aparecer nadie”. Pero para mi sorpresa el auditorio estaba lleno. Pregunté: “Toda esa gente está en el mestrado?”. Mis amigos dijeron: “Que nada, alumnos de todo el campus están aquí queriendo saber sobre esa historia de postergar el fin del mundo”. Respondí: “Yo también”.

Estar con ese grupo me hizo reflexionar sobre el mito de la sustentabilidad, inventado por las corporaciones para justificar el asalto que le dan a nuestra idea de naturaleza. Fuimos, durante mucho tiempo, embalados con la historia de que somos una humanidad. Mientras tanto -mientras el lobo no está- fuimos alineándonos de ese organismo del que somos parte, la Tierra, y pasamos a pensar que él es una cosa y nosotros otra: La Tierra y la humanidad. Yo no veo donde hay alguna cosa que no sea naturaleza. Todo es naturaleza. El cosmos es naturaleza. Todo en lo que consigo pensar es naturaleza.

Leí una historia de un investigador europeo de inicios del siglo XX que estaba en Estados Unidos y llegó a un territorio Hopi. Él había pedido a alguien de la aldea que le facilitase un encuentro con una anciana que quería entrevistar. Cuando fue a encontrarla, ella estaba parada cerca de una roca. El investigador se quedó esperando, hasta que dijo: “Ella no va a conversar conmigo?”. A lo que el facilitador le respondió: “Está hablando con la hermana”. “Pero es una piedra” Y entonces dijo “Cual es el problema?”.

Hay una montaña rocosa en la región donde el Río Doce fue golpeado por el barro de la mineración. La aldea Krenak queda en la margen izquierda del río, en la margen derecha hay una sierra. Aprendí que esa sierra tiene nombre, Takukrak, y personalidad. De mañana temprano, allá en el terrero de la aldea, las personas miran para ella y saben si el día va a ser bueno o si es mejor quedarse quieto. Cuando está con una cara tipo “hoy no estoy para conversaciones”, las personas ya están atentas. Cuando amanece espléndida, bonita, con nubes claras sobrevolando en su cabeza, toda arreglada, todos dicen: “Puede hacer fiesta, bailar, pescar, puede hacer lo que quiera”.

Así como esa señora hopi que conversaba con la piedra, su hermana, hay un montón de gente que habla con las montañas. En Ecuador, en Colombia, en algunas de esas regiones de los Andes, se encuentran lugares donde las montañas forman pareja. Tienen madre, padre, hijo, tienen una familia de montañas que intercambia afecto, hace trocas. Y las personas que viven en esos valles hacen fiestas para esas montañas, dan comida, dan regalos, reciben presentes de las montañas. Por qué esas narrativas no nos entusiasman? Por qué van siendo olvidadas y borradas en favor de una narrativa globalizante, superficial, que quiere contarnos la misma historia?

Los Massai, en Kenia, tuvieron un conflicto con la administración colonial, por que los ingleses querían que su montaña se convirtiese en un parque. Ellos se rebelaron contra la idea banal, común en muchos lugares del mundo, de transformar un sitio sagrado en un parque. Yo creo que comienza como parque y termina como *parking*. Porque tienen que estacionar todo ese tanto de automóviles que hacen por allá afuera.

Es un abuso de lo que llaman razón.

En cuanto la humanidad se distancia de su lugar, varias corporaciones sabelotodo van haciéndose cargo de la Tierra. Nosotros, la humanidad, vamos a vivir en ambientes artificiales producidos por las mismas corporaciones que devoran bosques, montañas y ríos. Ellos inventan kits super interesantes, para mantenernos en ese lugar, alienados de todo, y en la medida de lo posible tomando muchos remedios. Porque, al final, es necesario hacer algo con lo que sobra de los desperdicios que producen, y hacen remedios y mil parafernalias para entretenernos.

Para que no piensen que estoy inventando otro mito, el del monstruo corporativo, él tiene nombre, dirección y hasta cuenta bancaria. Y que cuenta! Son los dueños del dinero del planeta, y ganan más a cada minuto, esparciendo shoppings por el mundo. Esparcen casi que el mismo modelo de progreso que somos incentivados a entender como bienestar en el mundo todo. Los grandes centros, las grandes metrópolis del mundo son una reproducción unas de las otras. Si van para Tóquio, Berlín, Nueva York, Lisboa o San Pablo, verán el mismo entusiasmo en hacer torres increíbles, elevadores espiralados, vehículos espaciales... Parece un viaje con Flash Gordon.

En cuanto eso, la humanidad va siendo despegada de manera absoluta de ese organismo que es la Tierra. Los únicos núcleos que aún consideran que precisan agarrarse a esa tierra son aquellos que fueron quedando medio olvidados en los bordes del planeta, en las márgenes de los ríos, en la costa de los océanos, en África, en Asia o en América Latina. Son ribereños, indios, quilombolas, aborígenes - la sub-humanidad. Por que hay una humanidad, vamos a decir, correcta. Y hay una camada más bruta, rústica, orgánica, una sub-humanidad, una gente que se queda agarrada en la tierra. Parece que ellos quieren comer tierra, mamar en la tierra, dormir acostados sobre la tierra envueltos en la tierra. La organicidad de esa gente es una cosa que incomoda, tanto que las corporaciones han creado cada vez más mecanismos para separar esos cachorros de la tierra de su madre. "Vamos a separar eso ahí, gente y tierra, ese desorden. Es mejor colocar un tractor en la tierra, un extractor en la tierra. Gente no, gente es una confusión. Y principalmente gente que no está entrenada para dominar ese recurso natural que es la tierra". Recurso natural para quién? Desarrollo sustentable para qué? Qué es necesario sustentar?

La idea de que, nosotros, los humanos, nos despeguemos de la tierra, viviendo en una abstracción civilizatoria, es absurda. Suprime la diversidad, niega la pluralidad de las formas de vida, de existencia, de hábitos. Ofrece el mismo menú, el mismo atuendo y, dentro de lo posible, la misma lengua para todo el mundo.

Para la Unesco, 2019 es el año internacional de las lenguas indígenas. Todos nosotros sabemos que a cada año, o a cada semestre, una de esas lenguas maternas, uno de esos idiomas originales de pequeños grupos que están en la periferia de la humanidad, es deletado. Sobran algunas, de preferencia las que les interesan a las corporaciones para administrar eso todo, el desarrollo sustentable.

Que está siendo hecho con nuestros ríos, nuestros bosques, nuestros paisajes? Estamos tan perturbados con los desajustes regionales que vivimos, quedamos tan fuera de lo serio con la falta de perspectiva política, que no conseguimos levantarnos y respirar, ver lo que importa realmente para las personas, los colectivos y las comunidades en sus

ecologías. Para citar a Boaventura de Sousa Santos, la ecología de los saberes debería también integrar nuestra experiencia cotidiana, inspirar nuestras elecciones sobre el lugar en que queremos vivir, nuestra experiencia como comunidad. Precisamos ser críticos a esa idea plasmada de una humanidad homogénea en la que hace mucho tiempo el consumo tomó el lugar de aquello que antes era la ciudadanía. José Mujica dice que transformamos a las personas en consumidores, y, no en ciudadanos. Nuestros niños, desde la más tierna edad, son enseñados a ser clientes. No hay gente más adulada que un consumidor. Son adulados hasta el punto de quedar imbéciles, babeando. Entonces, para qué ser ciudadano? Para qué tener ciudadanía, otredad, estar en el mundo de una manera crítica y consciente, si puede ser un consumidor? Esa idea dispensa la experiencia de vivir en una tierra llena de sentido, en una plataforma para diferentes cosmovisiones.

Davi Kopenawa estuvo veinte años conversando con el antropólogo francés Bruce Albert para producir una obra fantástica, llamada *A queda do céu: palavras de um xamã yanomami* (*La caída del cielo: palabras de un chamán yanomami*). El libro tiene la potencia de mostrarnos, a los que estamos en esta especie de final de los mundos, como es posible que un conjunto de culturas y de pueblos todavía sea capaz de habitar una cosmovisión; habitar un lugar en este planeta que compartimos de una manera tan especial, en que todo gana un sentido. Las personas pueden vivir con el espíritu del bosque, vivir con el bosque, estar en el bosque. No estoy hablando de la película Avatar, sino de la vida de veinte y tantas mil personas - y conozco algunas - que habitan en territorio yanomami, en la frontera de Brasil y Venezuela. Ese territorio está siendo asolado, amenazado por la mineración; por las mismas corporaciones perversas que ya mencioné y que no toleran ese tipo de cosmos, ese tipo de capacidad imaginativa y de existencia que un pueblo originario como los Yanomami es capaz de producir.

Nuestro tiempo es especialista en crear ausencias: del sentido de vivir en sociedad, del propio sentido de la experiencia de la vida. Eso genera una intolerancia muy grande, en relación a quién aún es capaz de experimentar el placer de estar vivo, de bailar, de cantar. Y está lleno de pequeñas constelaciones por el mundo que baila, canta, hace llover. El tipo de humanidad zombie que estamos siendo convocados a integrar no tolera tanto placer, tanto usufructo de vida. Entonces, pregonan el final del mundo como una posibilidad de hacernos desistir de nuestros propios sueños. Y mi provocación sobre postergar el fin del mundo es exactamente siempre poder contar una historia más. Si podemos hacer eso, estaremos postergando el fin.

Es importante vivir la experiencia de nuestra propia circulación por el mundo, no como una metáfora, más como fricción, poder contar unos con los otros. Poder tener un

encuentro como este, aquí en Portugal, y tener una audiencia tan esencial como ustedes es un presente para mí. Pueden tener certeza de que eso me da combustible para estirar un poco más el inicio del final del mundo que se me presenta. Y los provoqué a pensar en la posibilidad de hacer el mismo ejercicio. Es una especie de tai chi chuan. Cuando sienta que su cielo está muy bajo, es sólo empujarlo y respirar.

Cómo los pueblos originarios de Brasil lidiaron con la colonización, que quería acabar con su mundo? Cuáles estrategias utilizaron esos pueblos para cruzar esa pesadilla y llegar al siglo XXI todavía pateando, reivindicando y desafinando el coro de los contentos? Vi las diferentes maniobras que mis antepasados hicieron y me alimenté de ellas, de la creatividad y de la poesía que inspiró la resistencia de esos pueblos. La civilización llamaba aquella gente de bárbaros e imprimió una guerra sin fin contra ellos, con el objetivo de transformarlos en civilizados que podrían integrar el club de la humanidad. Muchas de esas personas no son individuos, sino “personas colectivas”, células que consiguen transmitir a través de los tiempos sus visiones sobre el mundo.

A veces los antropólogos limitan la comprensión de esa experiencia, que no es sólo cultural. Ya sé que hay varios antropólogos aquí en el salón, no se pongan nerviosos. Cuantos percibieron que estas estrategias sólo tenían como propósito postergar el fin del mundo? Yo no inventé eso, me alimenté de la resistencia continuada de esos pueblos, que guardan la memoria profunda de la tierra, aquello que Galeano llamó de *Memoria del fuego*. En ese libro que es, *Las Venas abiertas de América Latina*, él muestra como los pueblos del Caribe, de América Central, de Guatemala, de los Andes y del resto de América del Sur tenían la convicción del equívoco que era la civilización. Ellos no se rindieron por que el programa propuesto era un error: “No queremos ser robados”. Y ellos: “No, toma este robo. Toma la Biblia, toma la cruz, toma el colegio, toma la universidad, toma la ruta, toma la ferrocarril, la minero, la cosa toda”. A lo que los pueblos respondieron: “Que es eso? que programa raro, no hay otro?”.

Por qué nos causa desconforto la sensación de estar cayendo? No hicimos otra cosa en los últimos tiempos sino desbarancar. Caer, caer, caer. Entonces por qué estamos tan preocupados ahora con la caída? Vamos a aprovechar toda nuestra capacidad crítica y creativa para construir paracaídas coloridos. Vamos a pensar en el espacio no como un lugar confinado, sino como un cosmos donde podemos desplomarnos en paracaídas coloridos.

Hay centenas de narrativas de pueblos que están vivos, cuentan historias, cantan, viajan, conversan y nos enseñan más de lo que aprendemos en esa humanidad. Nosotros no somos las únicas personas interesantes en el mundo, somos parte del todo. Eso tal vez

le quite un poco de vanidad a esa humanidad que pensamos ser, además de disminuir la falta de reverencia que tenemos todo el tiempo con las demás criaturas que nos acompañan en este viaje cósmico.

En 2018, cuando estábamos en la inminencia de ser asaltados por una nueva situación en Brasil, me preguntaron: “Cómo van a hacer los indios frente a todo eso?”. A lo que respondí: “Hace 500 años que los indios están resistiendo, yo estoy preocupado cómo que van a hacer los blancos para escaparse de esa”. Nosotros resistimos expandiendo nuestra subjetividad, no aceptando que somos todos iguales. Todavía existen aproximadamente 250 etnias que quieren ser diferentes en Brasil, que hablan más de 150 lenguas y dialectos.

Nuestro amigo Eduardo Viveiros de Castro gusta de provocar a las personas con el perspectivismo amazónico, llamando la atención para lo siguiente: los humanos no son los únicos que tienen una perspectiva sobre la existencia, Muchos otros también tienen.

Cantar, bailar, y vivir la experiencia mágica de suspender el cielo es común en muchas tradiciones. Suspender el cielo es ampliar nuestro horizonte, no el horizonte prospectivo, mas uno existencial. Es enriquecer nuestras subjetividades, que es la materia que este tiempo que vivimos quiere consumir. Si existe un ansia por consumir la naturaleza, existe también una por consumir subjetividades - nuestras subjetividades. Entonces vamos a vivirlas con la libertad que fuimos capaces de inventar, no colocarla en el mercado. Ya que la naturaleza está siendo atacada de una forma tan indefendible, vamos por lo menos, ser capaces de mantener nuestras subjetividades, nuestras visiones, nuestra poética sobre la existencia. Definitivamente no somos iguales, y es maravilloso saber que cada uno de nosotros que estamos aquí es diferente del otro, como constelaciones. El hecho de que podamos compartir este espacio, de que estemos juntos viajando no significa que somos iguales; significa exactamente que somos capaces de atraer unos a los otros por las diferencias, que deberían guiar nuestra de vida. Tener diversidad, no eso de una humanidad con el mismo protocolo. porque eso hasta ahora fue solo una manera de homogeneizar y quitarnos la alegría de estar vivos.

Del sueño y la tierra.

Desde la región *Nordeste*, hasta el éste de *Mina Gerais*, donde están el río *Doce* y la reserva indígena de las familias *Krenak*, y también en *Amazonia*, en la frontera de Brasil con Perú y Bolivia, en el *Alto Río Negro*, en todos esos lugares nuestras familias están pasando

por un momento de tensión de las relaciones políticas entre el Estado brasileño y las sociedades indígenas.

Esa tensión no es de ahora, pero se agravó con las recientes mudanzas políticas introducidas en la vida del pueblo brasileño, que están impactando de forma intensa a centenas de comunidades indígenas que en las últimas décadas vienen insistiendo para que el gobierno cumpla su deber constitucional de asegurar los derechos de esos grupos en sus lugares de origen, identificados en el orden jurídico del país como tierras indígenas.

No sé si todos conocen las terminologías referentes a la relación de los pueblos indígenas con los lugares donde viven o las atribuciones que el Estado brasileño ha dado a esos territorios a lo largo de nuestra historia. Desde los tiempos coloniales, la cuestión de qué hacer con la parte de la población que sobrevivió a los trágicos primeros encuentros entre los dominadores europeos y los pueblos que vivían en lo que hoy llamamos, de manera muy reducida, de tierras indígenas; llevó a una relación muy equivocada entre el Estado y esas comunidades.

Es claro que durante esos años dejamos de ser colonia para constituir el Estado brasileño y entramos al siglo XXI, cuando la mayor parte de las previsiones apostaban a que las poblaciones indígenas no sobrevivirían a la ocupación del territorio, por lo menos no manteniendo formas propias de organización, capaces de gerenciar sus vidas. Eso porque la máquina estatal actúa para deshacer las formas de organización de nuestras sociedades, buscando una integración entre esas poblaciones y el conjunto de la sociedad brasileña.

El dilema político que quedó para nuestras comunidades que sobrevivieron al siglo XX es aún hoy precisar disputar los últimos reductos donde la naturaleza es próspera, donde podemos satisfacer nuestras necesidades alimentarias y de vivienda, y donde sobreviven los modos que cada una de esas pequeñas sociedades tiene de mantenerse en el tiempo, dando cuenta de sí mismas sin crear una dependencia excesiva del Estado.

El río *Doce*, que nosotros los Krenak, llamamos de *Watu*, nuestro abuelo, es una persona, no un recurso, como dicen los economistas. Él no es algo de que alguien pueda apropiarse; es una parte de nuestra construcción como colectivo que habita un lugar específico, donde fuimos gradualmente confinados por el gobierno para poder vivir y reproducir nuestras formas de organización (con toda esa presión externa).

Hablar sobre la relación entre el Estado brasileño y las sociedades indígenas a partir del ejemplo del pueblo Krenak surgió como una inspiración, para contar a quién no sabe lo que pasa hoy en Brasil con esas comunidades - Estimadas en cerca de 250 pueblos y

aproximadamente 900 mil personas, población menor de que las grandes ciudades brasileñas.

Lo que está en la base de la historia de nuestro país, que continúa siendo incapaz de acoger a sus habitantes originales - siempre recurriendo a prácticas deshumanas para promover cambios en formas de vida que esas poblaciones consiguieron mantener por mucho tiempo, inclusive bajo el ataque feroz de las fuerzas coloniales, que hasta hoy sobreviven en la mentalidad cotidiana de muchos brasileños -, es la idea de que los indígenas deberían estar contribuyendo para el éxito de un proyecto de agotamiento de la naturaleza. El *Watu*, ese río que sustentó nuestra vida en las márgenes del río *Doce*, entre *Mina Gerais* y *Espírito Santo*, en una extensión de seiscientos kilómetros, está todo cubierto por un material tóxico que bajó de una represa de contención de residuos, lo que nos dejó huérfanos y acompañando un río en coma. Hace un año y medio que ese crimen - que no puede ser llamado de accidente - golpeó nuestras vidas de manera radical, colocándonos en la condición real de un mundo que acabó.

En este encuentro, estamos intentando abordar el impacto que nosotros, humanos, causamos en este organismo vivo que es la Tierra, que en algunas culturas continúa siendo reconocida como madre y proveedora en amplios sentidos, no solo en la dimensión de la subsistencia y en la manutención de nuestras vidas, sino también en la dimensión trascendente que da sentido a nuestra existencia. En diferentes lugares del mundo, nos alejamos de una manera tan radical de los lugares de origen que el tránsito de los pueblos ya ni es percibido. Atravesamos continentes como si estuviéramos yendo ahí al lado. Si es verdad que el desenvolvimiento de tecnologías eficaces nos permite viajar de un lugar para el otro, que las comodidades volvieron fácil nuestra movimentación por el planeta, también es cierto que esas facilidades son acompañadas por una pérdida de sentido de nuestros movimientos.

Nos sentimos como si estuviéramos sueltos en un cosmos vacío de sentido y sin responsabilidad de una ética que pueda ser compartida, pero sentimos el peso de esa elección sobre nuestras vidas. Somos alertados todo el tiempo de las consecuencias de esas opciones que recientemente hicimos. Y si pudiéramos dar atención a alguna visión que escape a esa ceguera que estamos viviendo en el mundo todo, tal vez ella pueda abrir nuestra mente para alguna cooperación entre los pueblos, no para salvar a los otros, sino para salvarnos a nosotros mismos. Hace treinta años, la amplia red de relaciones en que me integré para llevar al conocimiento de otros pueblos, de otros gobiernos, las realidades

que vivíamos en Brasil, tuvo como objetivo activar las redes de solidaridad con los pueblos nativos.

Lo que aprendí a lo largo de esas décadas es que todos precisan despertar, porque, si durante un tiempo éramos nosotros, los pueblos indígenas, que estábamos amenazados con rupturas o con la extinción de los sentidos de nuestras vidas, hoy estamos todos delante de la inminencia de la Tierra no soportar nuestra demanda. Como dice el *pajé* yanomami, Davi Kopenawa, el mundo cree que todo es mercadería, al punto de proyectar en ella todo lo que somos capaces de experimentar. La experiencia de las personas en diferentes lugares del mundo se proyecta en la mercadería, significando que ella es todo lo que está fuera nuestro. Esa tragedia que ahora golpea a todos es postergada en algunos lugares, en algunas situaciones regionales en las cuales la política - el poder político, la elección política - compone espacios de seguridad temporal en que las comunidades, inclusive ya vacías del verdadero sentido de compartir espacios, todavía son, digamos, protegidas por un aparato que depende cada vez más del agotamiento de los bosques, de los ríos, de las montañas; colocándolos en un dilema en el que parece que la única posibilidad para que comunidades humanas continúen existiendo es a costa de todas las otras partes de la vida.

La conclusión o comprensión de que estamos viviendo una era que puede ser identificada como Antropoceno, debería sonar como una alarma en nuestras cabezas. Porque, si imprimimos en el planeta Tierra una marca tan pesada que hasta caracteriza una era, que puede permanecer inclusive después de que ya no estemos aquí, pues estamos agotando las fuentes de la vida que nos posibilitaron prosperar y sentir que estábamos en casa, llegar hasta sentir en algunos períodos, que teníamos una casa común que podía ser cuidada por todos, es por estar más una vez delante del dilema al que ya hice referencia: excluimos de la vida, localmente, las formas de organización que no están integradas al mundo de la mercadería, poniendo en riesgo todas las otras formas de vivir - por lo menos las que fuimos animados a pensar como posibles, en que había corresponsabilidad con los lugares en que vivimos y el respeto por el derecho a la vida de los seres, y no solamente de esa abstracción que nos permitimos constituir como *una* humanidad, que excluye todas las otras y todos los otros seres. Esa humanidad que no reconoce que aquel río que está en coma es también nuestro abuelo, que la montaña explotada en algún lugar de África o de América del Sur y transformada en mercadería en algún otro lugar es también el abuelo, la abuela, la madre, el hermano de alguna constelación de seres que quieren continuar compartiendo la vida en esta casa común que llamamos Tierra.

El nombre krenak es constituido por dos términos: uno es la primera partícula, *kre*, que significa cabeza; la otra, *nak*, significa tierra. *Krenak* es la herencia que recibimos de nuestros antepasados, de nuestras memorias de origen, que nos identifican como “cabeza de la tierra”, como una humanidad que no consigue concebirse sin esa conexión, sin esa profunda comunión con la tierra. No la tierra como un sitio, sino como ese lugar que todos compartimos, y del cual nosotros, los Krenk, nos sentimos cada vez mas desarraigados - de ese lugar que para nosotros siempre fue sagrado, pero que percibimos que nuestros vecinos tienen casi vergüenza de admitir que puede ser visto así. Cuando decimos que nuestro río es sagrado, las personas dicen: “Eso es algún folklore de ellos”; cuando decimos que la montaña está mostrando que va a llover y que ese día va a ser un próspero, un día bueno, ellos dicen: “No, una montaña no dice nada”.

Cuando despersonalizamos el río, la montaña, cuando los despojamos de sus sentidos, considerando que eso es atributo exclusivo de los humanos, liberamos esos lugares para que se tornen residuos de la actividad industrial y extractivista. De nuestro divorcio con las integraciones e interacciones con nuestra madre, la Tierra, resulta que ella está dejándonos huérfanos, no sólo a los que en diferentes graduaciones son llamados de indios, indígenas o pueblos originarios, sino a todos. Ojalá que estos encuentro creativos que aún estamos teniendo la oportunidad de mantener animen nuestra práctica, nuestra acción, y nos den coraje para salir de una actitud de negación de la vida para un compromiso con la vida, en cualquier lugar, superando nuestras incapacidades de extender la visión a lugares más allá de los que estamos apegados y donde vivimos, así como a las formas de sociabilidad y de organización de que una gran parte de esa comunidad humana está excluida, que en última instancia gasta toda la fuerza de la Tierra para suplir su demanda de mercaderías, seguridad y consumo.

Cómo reconocer un lugar de contacto entre esos mundos, que tienen tanta origen en común, pero que se despegaron al punto de tener hoy, en un extremo, gente que precisa vivir de un río, y, del otro, gente que consume ríos como un recurso? Al respecto de esa idea de recurso, que se atribuye a una montaña, a un río, a un bosque, en qué lugar podemos descubrir un contacto entre nuestras visiones que nos saque de ese estado de no reconocimiento de los otros?

Cuando sugerí que hablaría del sueño y de la tierra, quería comunicarles un lugar, una práctica, que es percibida en diferentes culturas, en diferentes pueblos, de reconocer esa institución de sueño no como experiencia cotidiana de dormir y soñar, sino como

ejercicio disciplinado de buscar en el sueño las orientaciones para elecciones en nuestro día a día.

Para algunas personas, la idea de soñar es una renuncia a la realidad, es una pérdida del sentido práctico de la vida. Sin embargo, también podemos encontrar quién no vería sentido en la vida si no fuese informado por sueños, en los cuales puede buscar las canciones, la cura, la inspiración e inclusive la resolución de cuestiones prácticas que no consigue discernir, cuyas elecciones no consigue hacer fuera de los sueños, pero que allí están abiertas como posibilidades. Me dejó bastante tranquilo hoy a la tarde cuando más de una colega de las que hablaron aquí, trajeron la referencia a esa institución del sueño no como una experiencia onírica, sino como una disciplina relacionada a la formación, a la cosmovisión, a la tradición de diferentes pueblos que tienen en el sueño un camino de aprendizaje, de autoconocimiento sobre la vida, y a la aplicación de ese conocimiento en su interacción con el mundo y con las otras personas.

La humanidad que pensamos ser.

Tal vez estemos muy condicionados a una idea de ser humano y a un tipo de existencia. Si desestabilizamos ese padrón, quizás nuestra mente sufra una especie de ruptura, como si cayéramos en un abismo. Quién dice que no podemos caer? Quién dice ya no caímos? Hubo un tiempo que el planeta que llamamos Tierra unía todos los continentes en una gran Pangea. Si mirásemos de allá encima del cielo, sacaríamos una fotografía completamente diferente del globo. Quién sabe si, cuando el astronauta Yuri Gagarin dijo “la Tierra es azul”, él no hizo un retrato ideal de aquel momento para para esa humanidad que pensamos ser. Miró con nuestros ojos, vió lo que queríamos ver. Existen muchas cosas que se aproximan más a aquello que pretendemos ver que de lo que se podría constatar si juntáramos las dos imágenes: Lo que se piensa y lo que se tiene. Si ya hubo otras configuraciones de la Tierra, inclusive sin nosotros aquí, por qué es que nos apegamos tanto a ese retrato con nosotros aquí? El Antropoceno tiene un sentido incisivo sobre nuestra existencia, nuestra experiencia común, la idea de lo que es humano. Nuestro apego a una idea fija de paisaje de la Tierra y de humanidad es la marca más profunda del Antropoceno.

Esa configuración mental es más que una ideología, es una construcción del imaginario colectivo - varias generaciones sucediéndose, camadas de deseos, proyecciones, visiones, períodos enteros de ciclos de vida de nuestros ancestros que heredamos y fuimos grabando, retocando, hasta llegar a la imagen con la que nos sentimos

identificados. Es como si hubiésemos hecho un *photoshop* en la memoria planetaria colectiva, entre la tripulación y la nave, donde la nave se pega al organismo de la tripulación y acaba pareciendo una cosa indisociable. Es como parar en una memoria confortable, agradable, de nosotros mismos, por ejemplo, mamando en el regazo de nuestra madre: una madre abundante, próspera, amorosa, cariñosa, alimentándonos *forever*. Un día se mueve y tira el pecho de nuestra boca. Ahí, damos una sacudida, miramos alrededor, reclamamos porque no estamos viendo el seno de la madre, no estamos viendo aquel organismo materno alimentando todas nuestras ganas de vida, y comenzamos a estremecernos, a pensar que ese no es realmente el mejor de los mundos, que el mundo está acabando y que vamos a caer en algún lugar. Pero no vamos a caer en ningún lugar, de repente lo único que la madre hizo fue girar un poco para tomar un poco de sol, pero como estábamos tan acostumbrados, solo queremos mamar.

El fin del mundo tal vez sea una breve interrupción de un estado de placer extasiante que no queremos perder. Parece que todos los artificios que fueran buscados por nuestros ancestros y por nosotros mismos tienen que ver con esa sensación. Cuando eso se transfiere para las mercaderías, para los objetos, para las cosas exteriores, se materializa en lo que la técnica desarrolló, en todo el aparato que fue sobreponiéndose a la madre Tierra. Todas las historias antiguas llaman a la tierra de Madre, *Pachamama*, *Gaia*. Una diosa perfecta e infinita, flujo de gracia, belleza y abundancia. Vean por ejemplo la imagen griega de la diosa de la prosperidad, tiene un cuerno de la abundancia que está todo el tiempo chorreando riqueza sobre el mundo... En otras tradiciones, en la China, en la India, en las Américas, en todas las culturas más antiguas, la referencia es de una proveedora maternal. No tiene nada que ver con la imagen masculina o del padre. Todas las veces que la imagen del padre irrumpe en ese paisaje es siempre para depredar, detonar y dominar.

El incómodo que la ciencia moderna, las tecnologías, los movimientos que resultaron de aquello que llamamos de “revoluciones masivas”, no quedó todo localizado en una región, sino que dividió el planeta al punto de, en el siglo XX, tengamos situaciones como la Guerra Fría, en que había de un lado del muro una parte de la humanidad, y la otra del lado de allá, en una tensión inmensa, listos para apretar el gatillo encima de los otros. No hay fin del mundo más inminente que cuando se tiene un mundo del lado de allá del muro y otro del lado de acá, ambos intentando adivinar lo que el otro está haciendo. Eso es un abismo, eso es una caída. Entonces la pregunta para hacer sería: “Por qué tanto miedo de una caída si no hicimos nada en las otras eras sino caer?”

Ya caímos en diferentes escalas, en diferentes lugares del mundo. Pero tenemos mucho miedo de lo que va a pasar cuando caigamos. Sentimos inseguridad, una paranoia de la caída por que las otras posibilidades que se abren exigen implosionar esa casa que heredamos, que cómodamente cargamos con mucho estilo, pero pasamos el tiempo entero muriendo de miedo. Entonces, quizás lo que tengamos que hacer es descubrir un paracaídas. No eliminar la caída, sino inventar y fabricar, miles de paracaídas coloridos, divertidos, inclusive placerosos. Ya que lo que realmente nos gusta es gozar, vivir en el placer aquí en la Tierra. En tal caso paremos de despistar nuestra vocación y, en vez perder tiempo inventando otras parábolas, vamos a rendirnos a esa principal y no dejarnos iludir con el aparato de la técnica. En verdad la ciencia entera vive subyugada por esa cosa que es la técnica.

Hace mucho tiempo no existe nadie que piense con la libertad de lo que aprendimos a llamar científico. Acabaron los científicos. Toda persona que sea capaz de traer una innovación en los procesos que conocemos es capturada por la máquina de hacer cosas, de la mercadería. Antes de que esa persona contribuya, en cualquier sentido, para abrir una ventana de respiro a nuestra ansiedad de perder el seno materno, llega un aparato artificial para darnos un tiempo más de cansancio. Es como si todos los descubrimientos estuvieran condicionados y desconfiaráramos de ellos, como si todos fuesen un engaño. Sabemos que las descubiertas en el ámbito de la ciencia son un fraude. Los laboratorios planean con antelación la publicación de descubrimientos en función de los mercados ellos mismos configuran para esos mecanismos, con el único propósito de hacer que la rueda continúe girando. No una rodada que abre otros horizontes y saluda otros mundos en el sentido placeroso, sino para otros mundos que sólo reproducen nuestra experiencia de pérdida de libertad, de pérdida de eso que podemos llamar de inocencia, en el sentido de ser simplemente buenos, sin ningún objetivo. Gozar sin ningún objetivo. Mamar sin miedo, sin culpa, sin ningún objetivo. Vivimos en un mundo en el que debemos explicar por qué estamos mamando. El mundo se transformó en una fábrica de consumir inocencia y debe ser potencializado cada vez más para no dejar ningún lugar habitado por ella.

De qué lugar se proyectan los paracaídas? De el lugar donde son posibles las visiones y el sueño. Otro lugar que podemos habitar además de esta tierra dura: el lugar del sueño. No el sueño al que nos referimos comúnmente cuando estamos durmiendo una siesta o que banalizamos "estoy soñando con mi próximo empleo, con mi próximo automóvil", sino aquel que es una experiencia trascendental en la que el capullo humano

implode, abriéndose para otras visiones de la vida no limitada. Tal vez sea otra palabra para lo que acostumbramos llamar de naturaleza. No es nombrada porque sólo conseguimos nombrar lo que experimentamos. El sueño como experiencia de personas iniciadas en una tradición para soñar. Así como quién va a una escuela para aprender una práctica, un contenido, una meditación, una danza, puede ser iniciado en esa institución para seguir, avanzar en un lugar del sueño. Algunos chamanes o magos habitan esos lugares o tienen pasaje por ellos. Son lugares con conexión con el mundo que compartimos, no es un mundo paralelo, sino que tiene una potencia diferente.

Cuando, a veces, me hablan de imaginar otro mundo posible, es en el sentido de reordenamiento de las relaciones y de los espacios, de nuevos entendimientos sobre cómo podemos relacionarnos con aquello que se admite ser la naturaleza. En verdad, están invocando nuevas formas de que las viejas historias humanas coexistan con esa metáfora de la naturaleza que ellos mismo crearon para consumo propio. Todos los otros humanos que no somos nosotros están fuera, podemos comerlos, golpearlos, fracturarlos, despacharlos para otro lugar del espacio. El estado de mundo que vivimos hoy es exactamente lo mismo que nuestros antepasados recientes ordenaron para nosotros.

La verdad, vivimos reclamando, pero esa cosa fue ordenada, llegó envuelta y con aviso: “después de abrir no hay devoluciones” Hace doscientos, trescientos años, anhelaban este mundo. Un montón de gente decepcionada, pensando: “Es este mundo que nos dejaron?”. Cuál es el mundo que ustedes están envolviendo ahora para dejarle a las futuras generaciones? Ok, viven hablando de otro mundo, pero ya preguntaron a las generaciones futuras si ese mundo que están dejando es el que ellas quieren? La mayoría de nosotros ya no va a estar más aquí cuando la encomienda llegue. Quienes van a recibir son nuestros nietos, bisnietos, a lo sumo nuestros hijos ya ancianos. Si cada uno de nosotros piensa en un mundo, serán trillones de mundos, y las entregas van a ser hechas en varios lugares. Qué mundo y qué servicio de delivery está pidiendo? Hay algo de insano cuando nos reunimos para repudiar que recibimos ahora, en el paquete encargado por nuestro predecesores; hay algo de travesura sugiriendo, que si éramos nosotros, lo hubiéramos hecho mucho mejor.

Deberíamos admitir a la naturaleza como una multitud de formas, incluyendo cada pedazo de nosotros, que somos parte de todo: 70% agua y un mundo de otros materiales que nos componen. Y nosotros creamos esa abstracción de unidad, el hombre como medida de las cosas, y salimos por ahí atropellando todo, completamente convencidos hasta que todos acepten que existe una humanidad con la cual se identifican, actuando en

el mundo a nuestra disposición, tomando lo que querramos. Ese contacto con otra posibilidad implica escuchar, sentir oler, inspirar, expirar esas camadas de lo que quedó fuera nuestro como “naturaleza”, pero que por alguna razón todavía se confunde con ella. Hay alguna cosa de esas camadas que es *casi-humana*: una camada que identificamos que está desapareciendo de la interfaz de humanos *demasiado-humanos*. Los *casi-humanos* son miles de personas que insisten quedarse afuera de esa danza civilizada, de la técnica, del control del planeta. Y por danzar una coreografía extraña son sacados de escena, por epidemias, pobreza, hambre, violencia dirigida.

Ya que aquí se pretende observar al Antropoceno como el evento que puso en contacto mundos capturados para ese núcleo preexistente de civilizados - en la era de las navegaciones, cuando se dieron las salidas de aquí para Asia, África, América -, es importante recordar que gran parte de esos mundos desapareció sin que fuese pensada una acción de eliminar esos pueblos. El simple contagio producto del encuentro entre humanos de aquí y de allá hizo que esa parte de la población desapareciera por un fenómeno que después se llamó de epidemia, una mortalidad de miles y miles de seres. Un sujeto que salía de Europa y bajaba en una playa tropical largaba un rastro de muerte por donde pasaba. El individuo no sabía que era una peste ambulante, una guerra bacteriológica en movimiento, un fin de mundo; tampoco sabían las víctimas que eran contaminadas. Para los pueblos que recibieron esa visita y murieron, el fin del mundo fue en el siglo XVI. No estoy liberando de la responsabilidad ni de la gravedad de toda esa maquinaria que movió las conquistas, estoy llamando la atención para el hecho de que muchos eventos que se sucedieron fueron el desastre de aquel tiempo. Así como hoy nosotros estamos viviendo el desastre del nuestro, al que algunas selectas personas llaman de Antropoceno. La gran mayoría está llamando de caos social, desgobierno general, pérdida de la calidad en lo cotidiano, en las relaciones, y estamos todos arrojados en ese abismo.

Sobre o Autor

Ailton Krenak nació en 1953, en la región del valle del río *Doce*, territorio del pueblo *Krenak*, un lugar cuya ecología se encuentra profundamente afectada por la actividad de extracción minera. Activista del movimiento socioambiental y de defensa de los derechos indígenas, organizó la *Aliança dos Povos da Floresta (Alianza de los Pueblos de la Selva)*, que reúne comunidades ribereñas e indígenas en Amazonas. Es uno de los más destacados líderes del movimiento que surgió durante el gran despertar de lo indígenas en

Brasil, que ocurrió a partir de la década de 1970. Contribuyó también para la creación de la *Unión de las Naciones Indígenas (UNI)*. Ailton ha llevado a cabo un vasto trabajo educativo y ambientalista, como periodista, y a través de programas de video y televisivos. Su lucha durante la década de 1970 y 1980 fue determinante para la conquista del “Capítulo de los Indios” en la Constitución Brasileña de 1988, que pasó a garantizar, por lo menos en el papel, el derecho indígena a la cultura y a la tierra. Es coautor de la propuesta de a UNESCO que creó la *Reserva de la Biósfera de la Sierra do Espinhaço* en 2005 y es miembro de su comité gestor. Es comandante de la *Orden del Mérito cultural de la Presidencia de la República* y, en 2016 le fue otorgado el título de doctor honoris causa por la *Universidad Federal de Juiz de Fora, en Mina Gerais*.

Sobre este libro

IDEAS PARA POSTERGAR EL FIN DEL MUNDO - Conferencia pronunciada en el *Instituto de Ciencias Sociales* de la *Universidad de Lisboa*, en ciclo de seminários coordinado por Susana de Matos Viegas, el día 6 de marzo de 2017, con transcripción de Joëlle Ghazarian.

LA HUMANIDAD QUE PENSAMOS SER - Texto inicialmente producido para el catálogo de la conferencia-danzada *Antropocenas (2017)*, de João dos Santos Martins y Rita Natalio. Transcripción y edición de Marta Lança, a partir de entrevista conducida por Rita Natálio y Pedro Neves Marques, a Ailton Krenak en mayo de 2017, en Lisboa.